

DISCURSO

DEL

SR. D. FRANCISCO DE CUBAS.



SEÑORES:

Una expresion de la más respetuosa gratitud, es la primera frase que deben pronunciar mis labios, al tomar un puesto entre vosotros en esta ilustre Academia de las Nobles Artes. Considerándome muy escaso de conocimientos, aunque sí lleno de amor al arte que tengo la honra de profesar, el insigne favor que me dispensais, asociándome á vuestras nobles tareas, al par que llena mi alma del más inmenso júbilo, viendo realizadas las más bellas ilusiones de artista, eleva á mi vista los grados de vuestra atencion y benevolencia, y me llena de temor y desconfianza con el miedo de no llegar á apreciarlas en todo lo que se merecen, y con el de no saber corresponder á ellas, segun lo reclaman el lustre y buen nombre de la Academia.

En este momento solemne, siente mucho más mi corazon de lo que puede expresaros mi palabra; y es-

tos sentimientos son para mí tan puros y conmovedores en este instante, cuanto que debiendo toda mi instrucción y mi carrera á la Escuela especial que nació y se desarrolló bajo la inteligente dirección y amoroso patrocinio de esta Academia, encuentro entre vosotros á algunos de los que han sido mis amados maestros, mis guías bienhechores en la áspera y difícil senda del estudio y del saber. El cariño á estos sábios maestros se enlaza en mí con el dulce recuerdo de mis años juveniles, y de lo más íntimo de mi alma brota un raudal de respeto y de gratitud para tributarles á ellos, y á la Academia, el homenaje del más profundo agradecimiento.

Permitidme también que al evocar este recuerdo, os manifieste el dolor con que echo de ménos entre vosotros á otros profesores y maestros míos, cuya visita me sería en extremo grata y consoladora en este día, pero que ya han descendido al sepulcro, pagando el tributo decretado por la Divina Providencia. Ya que no pueda tener la dicha de verlos á mi lado en esta Academia, á la que tanto y tan bien sirvieron con su talento y su experiencia, llegue hasta ellos el religioso recuerdo que respetuosamente les consagra mi corazón agradecido.

En la seguridad de que mis escasos conocimientos

han de impedirme decirs nada nuevo ni que captive vuestra atencion en la region de las Nobles Artes, voy á procurar ser muy breve y no fatigaros con mi discurso, concretándome á esponer algunas consideraciones generales sobre la Arquitectura. Aun con la brevedad y pocas aspiraciones de mi trabajo, necesito y espero obtener de vosotros mucha indulgencia, por que os confieso que si algun servicio he de poder prestar á la Academia, no ha de ser cuando trabaje solo, como tengo que hacerlo al trazar estas toscas líneas, sino cuando pueda verificarlo á vuestro lado y al calor de vuestra inspiracion y vuestro auxilio.

La Arquitectura, como todas las manifestaciones del talento humano, ha corrido el azar de las vicisitudes sociales y sufrido el influjo de todas las alternativas que constituyen la historia de los pueblos. Despues de ser ella la expresion de una gran necesidad de la vida, porque objeto de primera necesidad para el hombre es tener edificios que le sirvan de morada, murallas y baluartes que le protejan, templos en que elevar al cielo la voz de sus creencias y monumentos con que atestiguar sus hechos gloriosos; despues de esta gran necesidad, que lo ha sido y lo será de todos los tiempos y de todos los pueblos, la Arquitectura es tambien á la manera de un espejo en que en cierto

modo se reflejan los diferentes matices que marcan el estado de cultura de las naciones. Sin exagerar su valor y sin sacarla de la esfera de Noble Arte, puede decirse que es un Arte que habla; y en efecto, las obras de este Arte son un género de elocuencia que suple á veces el silencio de los libros, y que á veces habla mejor y con más viveza que estos á la imaginación y al corazón de los hombres.

Las primitivas civilizaciones dejaron, á la manera de jalones que señalan su peregrinación, infinitos monumentos, cuyos restos nos permiten hoy levantar una parte del tupido velo con que los siglos las cubrieron, y estudiar, aunque imperfectamente todavía, las creencias y costumbres del pueblo que les erigió: día llegará en que, gracias á ellos, podrán los hombres familiarizarse con las edades que pasaron. Hoy, por desgracia, no conocemos perfectamente sino la historia de los últimos veinticinco siglos, perteneciendo todas las edades anteriores al período que llamamos fabuloso, si se exceptúan, no obstante, las mencionadas en los libros de Moisés.

Quinientos años antes de nuestra era, se nos presenta el fenómeno singular de un pueblo en su mayor grado de perfección; y el siglo de *Pericles* nos ofrece el espectáculo maravilloso de una Arquitectura que

puede decirse perfecta, modelo de regularidad y sencillez, de grandiosidad y de buen gusto; y hasta tal punto, que á esa época, y á la posterior que tuvo lugar en Roma en tiempo de *Augusto*, las venimos calificando de épocas clásicas, que es como si dijéramos épocas maestras, épocas modelo, donde hemos de tener siempre mucho que aprender y que imitar.

No entra en mi objeto, ni á tanto se atreven mis débiles fuerzas, discurrir sobre el extraordinario adelantamiento de la Arquitectura en el *Atica*, cuyo estudio dió origen á importantísimos trabajos en la historia del Arte.

El pueblo romano llevó sus legiones triunfadoras á todos los pueblos civilizados, y al subyugar á la Grecia, sufrió la imposición de una civilización superior á la suya, naciendo la Arquitectura *Greco-Romana*, de la que se sirvió para consignar en mármol los hechos gloriosos de sus preclaros hijos. El mundo, no obstante, había presenciado un suceso que había de cambiar su faz, lo mismo moral que materialmente: ya habreis comprendido que aludo al establecimiento del Cristianismo. El mundo empezó á obedecer á distintos principios y á caminar por diferentes vías, y aunque no pudieron ni debieron olvidarse desde luego todas las reglas y máximas que en el Arte de construir había

empleado la antigüedad clásica, comenzó, sin embargo, á separarse de ella en la forma y el estilo, y de aquí la Arquitectura *Latino-Bizantina*, luego la *Románica*, y más adelante la *Ojival* que hemos visto imperar casi exclusivamente hasta bien entrado el siglo XVI.

El génio que dió vida al estilo ojival, no se encuentra en verdad eclipsado ante el génio del clasicismo griego y romano. Los elevados pilares y briosos arcos de la catedral ojiva, no tienen que humillarse ante la severa columna y el macizo arco de las arquitecturas griega y romana: cada génio obedece á distinto móvil, y cada artista se inspira en diverso medio: estos se atienen á las severas líneas y á las pesadas masas, levantándose poco de la tierra en que los encadenaban la tiranía y el paganismo; aquellos obedecen á una inspiración que eleva las almas y las levanta hasta el cielo.

Sucesos políticos de grave trascendencia, cambios en los estudios, luchas religiosas, aspiraciones y tendencias de muy distintas clases, hechos, en fin, que yo no puedo detenerme á enumerar ni describir, trajeron consigo la época llamada del *Renacimiento*, época en que se creyó hacer un servicio al Arte de construir con la restauración de la Arquitectura Greco-Romana, amoldando la regularidad de las formas y la se-

veridad de las líneas del Arte clásico al noble arranque y briosa inspiración del Cristianismo.

Siguióse muy luego la decadencia en que se extravió el génio artístico con el mal gusto del género *Borrominesco*; y al restaurar por segunda vez en el siglo pasado la Arquitectura Greco-Romana, hubo por lo general un olvido tal de la historia del Arte y de los grandes estilos de la Edad media, y fué tal el apego exclusivo á las formas de la antigüedad pagana, que todo el Arte vino á circunscribirse á la fria copia de las antiguas reglas del llamado clasicismo; encerrándose el génio en el patron de los órdenes y sistemas del italiano *Jacome de Vignola*. Obrándose de esta manera, se anatematizaron todas las producciones originales y notabilísimas, nacidas al influjo de otros climas, otros tiempos, razas y civilizaciones, no sirviendo para abonarlas ni el largo tiempo de sus respectivas dominaciones, ni la fecundidad de que aparecieron dotadas, ni que fueran su genuina manifestación histórica, ya que habian bastado á satisfacer los fines de las sociedades que las emplearan, y cuyos monumentos simbolizan sus creencias, sus costumbres y sus instituciones. Todas estas circunstancias debieran haber servido para garantizar su legitimidad artística, librándolas de ser consideradas como delirios y aber-

raciones de la mente, indignas de toda consideracion y aprecio.

No es extraño que dominara este grave error, cuando hasta llegó á defenderse que no habia bello ideal posible en los principios cristianos; que sólo ha existido el Arte entre los antiguos, y que habiendo estos agotado todas las formas del pensamiento y del sentimiento, no habia otra cosa que hacer, más que imitar á los griegos y á los romanos.

Este aprisionamiento, por decirlo así, del Arte en general, y muy particularmente de la Arquitectura, ha llegado hasta nuestros dias; y la noble empresa de inaugurar una restauracion más conforme á la verdad, al espíritu de la época y á los adelantamientos de las sociedades; una restauracion en que, predominando los estudios históricos, no se condenaran al desden ningunos tiempos, ni dejara de hacerse justicia á estilos y monumentos determinados; una restauracion, en fin, en que, sin faltar á las reglas generales del buen gusto, y sin encadenar el Arte en las reducidas reglas de un frio dogmatismo ó patron artistico, se otorgase al génio la prudente libertad que exige la inspiracion; la noble empresa, digo, de realizar todo esto en España, es uno de los muchos timbres que aparecerán siempre con gloria en los blasones de esta Academia.

Discípulo yo de la Escuela de Arquitectura, creada al impulso de estas nuevas y más sanas doctrinas, y á cuyo saludable influjo debieron su publicacion obras tan notables como los *Recuerdos y bellezas de España*, la *España artística y monumental*, y la de los *Monumentos arquitectónicos de España*, debo tributaros todo el homenaje que reclaman vuestro patriotismo y vuestro amor al Arte.

En el encadenamiento y enlace que existen entre las ideas y los hechos de la vida, ¿es exacto que estas nuevas doctrinas, á que obedecen los estudios arquitectónicos, sean provenientes y sigan el impulso de la moderna filosofía y de esa escuela literaria llamada del Romanticismo?

Cuestion es esta demasiado vasta y oscurecida para abordarla en breves páginas; pero me atrevo á creer que siempre ha de ser más embrollada y árdua para los filósofos y los literatos, que para los arquitectos. Los hombres de Arte no pueden vivir ni adelantar con lo que es puramente imaginario y no sale del terreno de la duda: el Arte tiene siempre que realizar, y no se realiza sin fé, sin creencias y sin el convencimiento de una verdad. Por eso se ha dicho con gran fundamento que lo bello no es más que el resultado ó la consecuencia de lo verdadero, y que sólo las grandes

creencias son las que producen los grandes artistas.

Pues bien; la filosofía moderna, esa filosofía que nacida con *Kant* en Alemania ha sido secundada por otros hombres á quienes se concede gran talento, y va tambien abriéndose camino entre nosotros, se presenta con un abuso tal de tecnicismo y tal misterio de expresion, que no soy duro con ella si la califico de más oscura é impenetrable que las famosas *Soledades* de Góngora. No negaré el mérito de algunos de estos trabajos; pero si del laberinto filosófico puede venir el laberinto artístico; si de las oscuridades literarias pudiesen tal vez venir la confusion y los enredijos de *Borromino* y *Churriguera*, no seré yo quien abra la puerta á esa filosofía para que sirva de regla á las inspiraciones del artista.

Mas, aparte de este gran defecto, y viniendo al fondo de esa filosofía alemana, que tan altiva y pretenciosa se nos muestra, no tiene duda que, en la apariencia al ménos, aspira á más nobles fines y se cierne en otra atmósfera que la impía y groseramente materialista de la filosofía que la habia precedido; pero es el hecho que con su orgullo ha venido á caer en el más oscuro y desesperante panteismo, abismo sin fondo en que vienen á perderse todas las elevaciones espiritualistas, y en que, á fuerza de querer ensalzar á

la razon humana, se viene á no encontrar ninguna base en que apoyar ninguna clase de creencias. Los Congresos de filósofos que en estos últimos años se han verificado en Praga y en Francfort, al mismo tiempo que demuestran la altiva vanidad de quien todo pretende saberlo y dominarlo, revelan bien claramente la desesperante esterilidad de los resultados. En medio del ruido de palabras que hace recordar la fábula del parto de los montes, todo se deja en la misma oscuridad y confusion que antes tenia, y si hay alguna verdad, algun principio que alcancen mayoría de asentimiento, esta verdad y principio son ya de antes conocidos, si bien ante ellos no se habia quer' inclinar la cabeza, por la sola razon de no haber descubierto la filosofía y de haberlos proclamado enseñado el Cristianismo.

Y bien; si, en suma, eso que se llama la moderna filosofía vive aún entre las nieblas de un sombrío excepticismo; si su virtud es más bien la de destruir que la de edificar; más la de dudar que la de creer, decidme si puede convertirse en maestra del Arte, que tiene que obrar en medio de la realidad de la vida, y que nada puede llegar á ejecutar sin tipos fijos de verdad y de belleza que den calor á la inspiracion del artista. Conci-  
bo en la vida del Arte obras defectuosas, hijas de falsas

creencias; pero no concibo obras hijas de la confusion y de la duda. Dadme ideas, y os daré obras; la negacion y la duda no son ni pueden ser tipos para el artista.

El Romanticismo, considerado como recuerdo de los tiempos caballerescos de la Edad media, como emancipacion de la antigüedad pagana y ruptura de las unidades clásicas, no hay ciertamente por qué rechazarle y condenarle: que no hay razon para encadenar el génio en el estrecho círculo de acompasadas medidas, ni son nunca apocados ni mezquinos los campos en que pueden ostentarse la verdad y la belleza. Pero si el Romanticismo es el ejercicio de una razon perturbadora y licenciosa, que se complace en contrariar el órden natural de las cosas, ofreciendo al mundo el espectáculo de los cuadros más desgarradores, sin virtud que se oponga al vicio, sin ley que contrareste á la anarquía, sin suavidad que contenga á la dureza, sin esperanza que mitigue el infortunio; en este caso, el Romanticismo no puede ser en literatura, lo mismo que en las Nobles Artes, otra cosa que el mónstruo horrible, el estupendo despropósito de que justamente se reía *Horacio*.

La escuela romántica además tiene, respecto de la Arquitectura, ideas que condenan á este Arte á una completa nulidad.

Todos recordareis una novela célebre, debida á la pluma de un hombre que ha adquirido gran reputación en la república de las letras, y que ha sido uno de los principales corifeos del moderno Romanticismo. *Nuestra Señora de Paris* y *Victor Hugo* son nombres muy conocidos en nuestros tiempos.

Un personaje de esa novela, el arcediano Claudio Frollo, á quien el autor nos le retrata al principio como un hombre de gran sabiduría, pero cuyo saber no se aviene bien con el género de vida que abraza, con los estudios cabalísticos á que se dedica, con los empinados lugares que le sirven de extraña guarida, con las pasiones de que se deja dominar y con los actos horribles que ejecuta; ese personaje deja escapar, con el profundo talento que se le supone, la misteriosa frase de *Esto matará aquello*, y Victor Hugo dedica despues, por su propia cuenta, un largo capítulo de la obra á explicar el enigma que, segun la mente del novelista, parece que entraña todos los destinos de la humanidad. El *Esto matará aquello* parece la piedra *filosofal* descubierta por el Arcediano alquimista del siglo XV, y revelada al mundo por el literato romántico del siglo XIX.

Para Víctor Hugo aquella frase misteriosa encierra dos grandes sentidos, que para él son dos verdades

fundamentales, á saber: primero, que el libro, ó sea, la imprenta, matará á la Iglesia; y segundo, que tambien matará al edificio, esto es, á la Arquitectura. Son de admirar ciertamente la brillantez y galanura de la frase, la abundancia de erudicion y la arrogancia y novedad de las ideas y de las imágenes que emplea el novelista en defensa de su tesis; pero toda esa exhuberancia de imaginacion seria extraordinariamente bella si no fuera extraordinariamente atrevida y falsa, y desde luego puede contenerse el exagerado vuelo romántico de Victor Hugo con aquel gracioso concepto del poeta:

Las gentes que vos matais,  
Gozan de buena salud.

No es de mi competencia, ni propio por consiguiente de este discurso, el detenerme á examinar lo que dice respecto de la muerte de la Iglesia por la imprenta, aunque desde luego nos sale al paso el hecho de existir llena de robustez y de vida despues de los cuatrocientos años trascurridos desde el descubrimiento de la imprenta. Desde luego se ocurre tambien la idea de que si el libro es el error, los errores ponen obstáculos y contrarian; pero no pueden triunfar contra la verdad; y si el libro es la verdad, no puede ser esta

enemiga de una divina institucion que es su mejor base y fundamento.

La vida de la Arquitectura no tiene nada que temer de la imprenta. La Arquitectura, lo mismo que todas las artes, y lo mismo tambien que las ciencias, pueden decaer y amortiguarse con los errores, con los desastres y la ruina de los pueblos; pero estos son los males generales de la humanidad, que no pueden seguramente envanecer á la imprenta, si es que sus extravíos pudieran llegar á ser la causa de ellos, lo que no tememos ni esperamos.

Es ciertamente el libro, y lo es por consiguiente la imprenta que le asegura y eterniza, la obra más noble y sublime del hombre, porque es la más pura expresion de la inteligencia, de ese soplo divino con que, en el órden de la creacion, se distingue de los demás séres la criatura racional. Él es verdaderamente quien consigna, asegura y trasmite á las edades las conquistas del saber humano, y él será siempre el primer maestro, el primer guía, la primera y más fecunda luz que nos alumbre y nos dirija en el conocimiento de lo pasado, en la realidad de lo presente y en las esperanzas de lo porvenir.

En las páginas de los libros es donde se estampan mejor y más perpétuamente los tipos de lo verdadero,

de lo bello y de lo bueno. No, no negaré yo jamás las excelencias y virtudes del libro, aun cuando no soy sábio ni literato: desde mi humilde posicion de artista coloco el libro sobre mi cabeza, y pongo debajo de él todas las obras del Arte, por más grandiosas y sorprendentes que aparezcan á nuestra vista.

Pero ahora bien: el libro, que es la primera expresion de la inteligencia y el que mejor explica todos los conceptos, ¿puede, por una parte, esterilizar la mente del artista, y, por otra, hacer inútil en la vida el empleo y ejercicio del Arte? El hombre no es un ser puramente espiritual; es un ser compuesto de espíritu y materia, y no puede encastillarse en un abstracto espiritualismo, sino que tiene que hacer en gran parte materialmente palpables y visibles las ideas de su mente. Y si el libro encierra las ideas de esa mente, y dá la regla de la vida, y explica los sucesos de la humanidad, esas ideas, y esas reglas, y esos sucesos, los recogerá tambien el Arte en la esfera de su alcance y posibilidad, y los traducirá en monumentos, que hieran la vista y satisfagan esas necesidades materiales que son el complemento de nuestras necesidades morales aquí en la tierra.

El libro no mata la vida de los pueblos, y esa vida no es una idealidad abstracta, sino un hecho material

y tangible. Y si en la vida ha de haber creencias religiosas, sucesos funestos ó gloriosos, necesidades sociales de más ó ménos importancia, tipos de vicio y de virtud, de deformidad ó de belleza, ahí estará la inagotable tarea del artista para levantar templos á la Divinidad, para erigir monumentos á las glorias nacionales, para levantar edificios que correspondan á las necesidades de la sociedad, y para encontrar reglas y tipos de belleza y de buen gusto.

El novelista romántico, que en el siglo XIX atribuye á la imprenta un poder que no tendrá jamás, podía haberse detenido á meditar sobre las grandes obras de Arquitectura que se han hecho precisamente despues de la invencion de la imprenta, y con que justamente se envanece la culta Europa, y hubiera podido notar centenares de monumentos, que se revuelven y hablan contra él con más sólida, más suntuosa é imponente elocuencia que la empleada en *Nuestra Señora de Paris*.

Hubiérales sometido con fria razon á un escrupuloso análisis, y sin duda alguna en ellos hubiera encontrado el verdadero sentimiento de la época en que fueron erigidos, de ese sentimiento generalmente oscurecido por los escritores coetáneos, que inspirándose casi exclusivamente en sus miras personales, ob-

servan y transmiten los mismos hechos bajo tan diverso prisma: si en sus estudios no hubiera dominado la indole y carácter propios de la Arqueología inmediatamente dirigidos á la satisfaccion del interés histórico y de clasificacion, no hay duda que fueran más fecundos en la esfera del Arte, en la que influyen, más que los hechos, la noción apasionada y vehemente de las grandes verdades y principios que viven en la mente y en el corazon del hombre.

Bajo este punto de vista, ¡cuán fácil sería demostrar la poca solidez de los argumentos de Víctor Hugo, si los estrechos límites de un discurso lo permitieran! Con sólo el exámen filosófico de cualquiera de los monumentos de Arte erigidos durante los últimos cuatro siglos, podria demostrarse que la Arquitectura, al par que el libro, ha seguido, como seguirá llenando su noble mision, y que lejos de haber muerto, ha dado pruebas evidentes de robusta vida.

La sola inspeccion de San Pedro in Vaticano, con su inmensa plaza, en cuyo centro se eleva como trofeo el obelisco de Heliopolis, con su escalinata régia y suntuosos pórticos, sus inmensas naves y su soberbia cúpula, nos hace sentir el triunfo definitivo del Cristianismo; en su sola concepcion y en sus principios, el impetuoso génio del gran Julio II; en sus vastas naves

vemos perfectamente dibujarse los diversos caracteres de Paulo III y Pio V, y en su atrevida y soberbia bóveda el génio arrogante y pertinaz de Sixto V.

Si en esta ligera inspeccion nos trasladamos á nuestro célebre monasterio Escorialense, ¿no vemos á cada paso y por doquier impresa la manera de creer y el inflexible génio del hijo de Cárlos V? Sólo bajo sus bóvedas puede la imaginacion penetrar en el alma del terrible dominador de Flandes y de Italia, y asistir á la horrenda lucha que ahogaba en su corazon, sin dejarla traducirse en su semblante; sólo entre sus muros puede comprenderse el constante objeto de su política; y ante el monumento todo, reflejarse la inflexible dignidad y el inmenso poderio de la España del siglo XVI.

Y si estos y otros mil y mil monumentos ha creado la Arquitectura despues del descubrimiento de la imprenta, ¿no es paradógico el declararla muerta, y muerta por el libro, cuando el libro mismo ha dedicado y tiene que dedicar gran parte de sus páginas á cantar las glorias de este Arte?

Ha tenido en verdad la Arquitectura épocas de triste decaimiento, y existen muchas obras que honran poco el génio y mérito de los artistas; pero no es la imprenta la que ha producido este decaimiento. Y

este mal llegaría á reproducirse y prolongarse extraordinariamente, si al lado de los errores no pudiera la imprenta llenar su noble mision de hacer que prevaleciese la verdad. Si hubiera de consistir sólo la imprenta en el mérito y en el poder de los malos libros, en este caso tal vez podria admitirse la posibilidad de que desapareciera el génio de la Arquitectura, como el de todas las Nobles Artes; mas esta ruina del Arte no seria más que el efecto de la ruina social, de esas ruinas que en el órden moral y social son el triste resultado de las falsas y perniciosas doctrinas.

He llegado al término de mi corto trabajo. Me he limitado á muy breves indicaciones, por el temor de llegar en otro caso á seros molesto y no merecer la indulgencia que os he pedido. Reconozco la corteidad de mis méritos, y ante esta pequeñez mia resaltan más y más la honra que me habeis dispensado, al admitirme en vuestro seno, y el deber en que me encuentro de expresaros nuevamente mi más profunda gratitud.

HE DICHO.



CONTESTACION

DEL

ILMO. SR. D. JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS,

INDIVIDUO DE NÚMERO Y CENSOR DE LA ACADEMIA.

## SEÑORES ACADÉMICOS:

Consolador espectáculo ofrece hoy esta Academia á la contemplacion del hombre ilustrado, que busca sólo en el cultivo de las artes de la paz la verdadera norma y ley del humano progreso. En los terribles momentos en que una guerra, acaso la más gigantesca y desoladora de cuantas vieron los siglos, parece restituir á la barbarie de los tiempos primitivos los pueblos más civilizados de la culta Europa, llenando de mudo asombro y de dolor á las demás naciones de ambos mundos,—uno de vuestros elegidos llama á las puertas de este pacífico santuario de las tres Nobles Artes, para depositar en sus aras la primera ofrenda de su adhesion y de su talento. Modesto y respetuoso le habeis visto cumplir los deberes, á que le sujetaba, al penetrar en este recinto, el código académico; pero el discurso que acaba de pronunciar, no ya sólo ha justificado el acierto con que le llamásteis á compar-

tir vuestras doctas vigilijs, sino que ha ejecutoriado tambien la envidiable reputacion por él labrada, como pensador y como artista, entre los que profesan ó cultivan en algun modo las Bellas Artes.

Ni han brillado ménos las especiales dotes que desde las aulas de la Escuela superior de Arquitectura anunciaron ya en él al futuro compañero de sus ilustres maestros, arrebatados no há mucho de vuestro seno por muerte prematura. Devoto allí á la voz de los que le iniciaban discretamente en el conocimiento de las teorías de lo bello; atento á las enseñanzas que le ministraban los que ponian, con regenerador anhelo, delante de sus ojos el sorprendente y magnífico panorama de la historia del Arte arquitectónica; dócil siempre á los consejos de los que aspiraban generosos á educar en él, con perfeccion madura, el sentimiento de la belleza, avezando su diestra á la dominacion de sus formas sensibles, habiase hecho acreedor, ya en los límites de su carrera, á vuestra predileccion distinguida, mereciendo la honra de ser enviado á Roma para completar, con los inmortales ejemplos del Arte clásico, su educacion artística. Los estudios por él verificados en la capital del antiguo mundo, sometidos á vuestro juicio en sazon oportuna, mostraron una y otra vez que no en vano habiais con-

fiado en el perfeccionamiento de aquellas insignes dotes; y la solemnidad académica, que hoy nos reúne, pone de manifiesto que si no se ha hecho indigno vuestro elegido, al restituirse al suelo pátrio, de la distincion con que le honrásteis, como alumno, tampoco habeis querido esquivarle, como profesor, la consideracion debida al que logra la fortuna de conquistar el nombre y la prez del verdadero artista.

¿Y cómo pudiéramos negarle este merecido galardón, cómo disputarle la competencia para tomar parte en vuestras difíciles cuanto útiles tareas, oida ya su profesion de fé artística y quilatados nuevamente sus no vulgares merecimientos?... Fijando sus miradas en el luminoso cuanto fundamental principio de crítica arqueológica, que ha bastado á regenerar en nuestros días los estudios históricos y fecundado al par todas las esferas del Arte, le habeis visto reconocer como un verdadero axioma, que la historia de los monumentos arquitectónicos, síntesis admirable de todas las artes y expresion viva y no ménos sintética de la cultura de los pueblos que los erigen, es en cierto modo la historia de la humanidad entera. Sobre esta base indestructible ha levantado el firme edificio de las consideraciones críticas, en que se fundan sus creencias artísticas; y deseoso de comprobar tan fecundo prin-

cipio con sus propias consideraciones, ha acudido á la historia misma del Arte, para lograrlo.

Sóbrio y circunspecto en demasía se ha mostrado acaso, al realizar este propósito, pues que sólo se ha detenido al contemplar los triunfos del Arte griego, de intento preteridas las no ménos significativas y elocuentes enseñanzas, que bajo el concepto trascendental por él indicado, debemos al Arte del Oriente, antes del grandioso cuanto aplaudido florecimiento de la cultura helénica. Con loable tino y crítica discrecion enlaza, no obstante, los magníficos frutos de esta civilizacion, considerados por él exclusivamente en la manifestacion arquitectónica, con las creaciones debidas al Arte romano; y segun habeis podido observar, al escuchar sus meditadas palabras, jamás las obras del ingénio revelaron con mayor exactitud la situacion moral y política de un gran pueblo. Grecia, vencida en los campos de batalla por las legiones de la República y postrada ante las leyes opresoras, dictadas desde el Capitolio, señoreaba la inteligencia del pueblo rey por medio de su filosofía y de su literatura, y las artes de los Methágenes y Philones, de los Phidias y Praxiteles, que immortalizan la edad y nombre de los Pericles y Pisistratos, ponian su noble sello en los monumentos de Augusto, designa-

dos por la posteridad bajo el título de *greco-romanos*.

Obtenidas estas demostraciones, respecto del Arte clásico, de cuyas soberbias construcciones, despedazadas por los bárbaros del siglo V, brota luz bastante para iluminar los senderos del Arte cristiano, fenómeno que se opera igualmente en todas las esferas de la inteligencia, fijase al cabo vuestro elegido en la manifestacion del estilo ogival, reconociendo y proclamando que el génio, que le dá vida, no puede eclipsarse ante el génio del clasicismo. No atribuye igual virtud á las producciones del *Renacimiento*, si bien, como habeis oido de sus lábios, le considera engendrado por no ménos legítimas circunstancias, y apto para interpretar la situacion moral y la indeclinable tendencia de los espíritus en el gran siglo de Leon X. Ministerio idéntico ejerce despues en Italia el estilo *borrominesco*, signo evidente de triste decadencia en la cultura de aquel pueblo artista, á que responden con lamentables creces en el suelo español las producciones del *churriguerismo*, veraces intérpretes de la España de Cárlos II.

Por tan seguro camino llega el nuevo Académico, á quien tengo la honra de dar la bienvenida en vuestro nombre, á la época de exclusivismo y de negacion, que designa la crítica con título de ultra-clásica, y que segun atinadamente ha observado, no reparó en

negar todo bello ideal al Arte *cristiano*, como si hubiera sido nunca posible la existencia de un Arte cualquiera, sin un *bello ideal* que lo inspire y á cuyo logro encamine constantemente sus generosos esfuerzos.

Del caos de la negacion, que precipita á las artes todas, y muy principalmente á la Arquitectura, en la más dolorosa impotencia, mira, no obstante, surgir una luz nueva, que iluminando con igual virtud y eficacia todas las edades históricas, ha preparado una *restauracion* verdaderamente regeneradora, no ya sólo en las esferas especulativas de la crítica y de la ciencia arqueológica, más tambien en las puras regiones de la creacion artística. El génio ha recobrado la libertad necesaria para tender su vuelo á los serenos espacios de la inspiracion: el Arte no vive ya encadenado por un frio dogmatismo: los monumentos, que en todos tiempos y lugares produce, constituyen hoy el verdadero patrimonio del artista, siendo para él otras tantas fuentes de perpétua inspiracion y de fructuosa enseñanza.

Hé aquí, Señores Académicos, el resultado natural, lógico, indeclinable del razonamiento, que en la primera parte de su bien meditado discurso establecé el nuevo compañero, á quien dais en este dia asiento entre vosotros. El señalado anhelo de investigacion que le distingue, reconocida esta doble situacion del Arte,

ya respecto de la teoría que puede secundarlo, ya respecto de la práctica que debe determinar el carácter general y la especial fisonomía de sus producciones, hále llevado á proponer, como inevitable corolario, una doble cuestion, no ménos difícil que compleja, bien que grandemente útil al desarrollo de los estudios críticos y no indiferente para los cultivadores del Arte. «¿Es exacto (le habeis oido exclamar) que las nuevas doctrinas, á que obedecen los estudios arquitectónicos, sean hijas de la moderna filosofía? ¿Lo es igualmente que provengan y sigan el impulso de la escuela literaria llamada del *Romanticismo*?»

Propuestas en tal forma ambas cuestiones, el nuevo Académico se ha decidido por la negativa. «La *Filosofía* moderna (ha dicho en suma), más oscura é impenetrable que las *Soledades* de Góngora, aunque aspire, al ménos en la apariencia, á más nobles fines y se cierna en otra atmósfera que la impía y groseramente materialista del último siglo, vive entre las nieblas de un sombrío excepticismo y se alimenta de la negacion y de la duda: la negacion y la duda no son, pues, no pueden ser fuentes de inspiracion para el artista.» El *Romanticismo*, considerado por unos como «recuerdo de los tiempos caballerescos y emancipacion de la antigüedad pagana» (ha añadido), «visto

por otros como el ejercicio de una razon perturbadora, que se complace en contrariar el órden natural de las cosas,» sobre no salir en tal caso de la esfera del mónstruo horrible de Horacio, profesa, como escuela literaria, «ideas que condenan al Arte arquitectónica á nulidad completa.» Registrad la obra maestra del *Romanticismo* y en ella hallareis aquella fatídica y misteriosa frase de *Esto matará aquello*, condenacion tan arrogante como falsa, no ya sólo del Arte, sino tambien de la verdad y de la santidad del cristianismo. La escuela que tal niega y condena, no puede por cierto ser madre de la doctrina, que en el campo de la teoría y de la práctica, fecunda en nuestros dias y abre nuevo porvenir al Arte arquitectónica: la proposicion del osado apóstol del *Romanticismo* no excede, pues, de la esfera de una simple, aunque soberbia, paradoja.

Convenid, Señores Académicos, en que estos razonamientos de vuestro elegido, planteadas ambas cuestiones en el terreno por él escogitado, encierran fuerza tal que seria temerario el cerrar los ojos á la luz que arrojan. La filosofía moderna, siendo tal como la ha bosquejado, y el romanticismo literario, mostrándose con los caracteres y fines que le atribuye, no sólo han sido impotentes para dar nacimiento á las doctri-

nas regeneradoras del sentimiento y del gusto, en las esferas del Arte, sino que han debido contribuir necesariamente á la decadencia y postracion del mismo, sobre todo tratándose de la Arquitectura.

Este doble hecho, así caracterizado, parece indubitable. Pero si no han surgido «las nuevas doctrinas, á que obedecen los estudios arquitectónicos,» de las fuentes, abiertas no por el estéril, contradictorio y negativo espíritu de las escuelas apellidadas filosóficas, mas por la verdadera filosofía moderna; si no han sido fecundadas por la literatura de nuestros días, á que sirvió de precursora la denominada romántica, última evolucion de la manifestacion escrita hácia el Arte y la vida entera de los siglos medios, ¿de dónde vinieron y por qué conducto llegaron á tomar realidad esas doctrinas, que tal privilegio alcanzan, en el terreno práctico de las Bellas Artes?...

Sin duda la modestia del nuevo compañero nos ha privado de la satisfactoria solucion, que sobre punto tan importante en la historia de la moderna Arquitectura, fuera de esperar de su claro ingenio, dada la aptitud singular que hoy revela para este linaje de investigaciones. Mas ya que, tal vez de propósito, ha dejado caer de su abastada mesa este no exíguo relieve, permitidme vosotros que ose yo ahora levantarlo,

no porque lo conceptúe manjar á propósito para el mio, sino porque no lo juzgo indigno del paladar más delicado. No es en verdad esta disquisicion tan fácil como tal vez se parece, ni se presta la materia, sobre que ha de versar, á ser expuesta en contadas palabras. Mas no temais, Señores, que al tratarla, ose abusar de vuestra benevolencia, limitándome por el contrario á tocar brevemente las principales consideraciones, que pueden contribuir á su esclarecimiento.

Que es cierto y evidente el hecho, capital en las esferas de los estudios arquitectónicos, de que trás el estéril exclusivismo del siglo anterior, que alcanza una buena parte del actual, surge en ellas una nueva luz, que iluminando con igual eficacia todas las edades históricas, ha preparado y realizado el movimiento regenerador, que vuestro elegido no ha vacilado en calificar con nombre de *restauracion*,—no puede ponerse en tela de juicio, sin temeridad reprehensible: que este movimiento, ya lo consideremos en sí, ya lo apreciemos por los efectos que produce, está sujeto á las mismas leyes, que siempre rigieron y regirán en lo sucesivo toda manifestacion trascendental en las regiones de la inteligencia,—no hay para qué discutirlo. Ni fuera tampoco procedimiento acertado y prudente, cuando se confiesa su legitimidad, se enaltece la excelen-

cia de los principios, que lo impulsan y gobiernan, y se proclama la universalidad de sus fines, el negarle toda razon de ser, condenándolo desdichadamente á un ciego fatalismo.

Iniciado este movimiento salvador dentro de la órbita de la especulacion científica y desarrollado al calor de una idea generadora, capaz por sí sola de encerrar todo un sistema de verdades demostrables, tal como se habia menester para trocar en una série de fecundas afirmaciones la desconsoladora negacion, que al decir del nuevo Académico, tenia encadenado al génio de las artes dentro de un frio dogmatismo, debia producir indefectiblemente, primero en el terreno de la teoría y despues en campo de la práctica, sus legítimos resultados. La doctrina, que entrañaba, depurada de todo gérmen contradictorio ó desemejante á su naturaleza, vencedora de toda oposicion arbitraria, si habia de producir el maravilloso efecto que no sin justicia se le atribuye, llamada estaba á solicitar y obtener su más luminosa y terminante comprobacion, el más satisfactorio veredicto de su bondad y de su eficacia, así en el tribunal de la razon como en el tribunal de la historia.

Y os pregunto yo ahora, Señores Académicos: ¿se han llenado todas estas condiciones, se ha pasado por

todos estos trámites necesarios, para llegar al momento de esa restauracion fecunda, cuya inauguracion en nuestro suelo ha señalado vuestro elegido como uno de los más claros blasones de esta Academia? La simple duda seria imperdonable pecado: la trasformacion se ha operado felizmente y sigue todavía operándose, no solamente en el concepto unitario y fundamental del Arte, sino tambien en el concepto de su varia manifestacion histórica.

Como lo habeis enseñado vosotros, como lo ha repetido oportunamente el nuevo compañero, el pintor, el estatuario, el arquitecto de la segunda mitad del siglo XIX, roto el yugo de intransigentes y estériles escuelas, pueden remontar libremente su vuelo á las primeras fuentes de la belleza, como pueden pedir al Arte mismo sus elocuentes y fecundas enseñanzas, en el trascurso de los tiempos. Libre ya el génio, se acerca á la naturaleza para beber en ella, como en purísimo y nunca agotado venero, la inspiracion que fecunda sus creaciones, ó ya demanda al Arte el rico y sazonado fruto de su experiencia, para evitar los extravíos, en que pudiera precipitarle su intemperancia.

Consumado el hecho, reconocido universalmente y disfrutado el beneficio ¿no seria ya, Señores Académicos, ingratitud vituperable el negarnos á confesar la

deuda, desconociendo su magnitud ó menospreciando sus muy subidos quilates? Si el hecho es elogiado, por el bien que ha traído consigo, trasformando esencial y formalmente al Arte, ¿por qué hemos de escatimar el aplauso á la ciencia, que le dá vida y lo impulsa hasta su último desarrollo?... ¿Por qué no hemos de pronunciar con respeto y veneracion el nombre de esa ciencia, que viviendo en las entrañas de la verdadera filosofía, lanzó la primera el grito de la emancipacion artística, restituyendo al génio la conciencia de su propio valor, al mismo tiempo que le mostraba el camino, que habia de llevarle á la contemplacion de la Inmortal Belleza?...

De la *Esthética*, ciencia cuyos preciosos elementos peregrinaron por el mundo desde Platon á Winkelmann y desde Aristóteles á Baumgarten, sin que acertáran á constituir un verdadero cuerpo de fundamental doctrina; de esa ciencia nueva, que constituye el último y acaso el más noble y trascendental desarrollo de la filosofía de los tiempos modernos; de esa ciencia del Arte, venida á revelar á los cultivadores de este, que no existia un solo y exclusivo tipo de belleza, limitado á una civilizacion dada, como habian preconizado los ultra-clásicos, ni estribaba y consistia su realizacion en la mera imitacion ó copia de la na-

turalidad, como sin mayor criterio alegaban..., de la *Esthética*, repito, han partido pues, directa é inmediatamente las nuevas doctrinas, á que obedecen en la presente Era los estudios arquitectónicos, como han partido tambien los principios, que fecundan todas las esferas de las demás Bellas Artes.

Desde el momento en que la ciencia *Esthética*, anulando, rectificando ó sometiendo á un principio fundamental y único todas las antiguas nociones sobre la belleza, apoderada ya de la idea absoluta que le sirve de génesis, pudo proclamar que siendo aquella, esencialmente considerada, la semejanza de Dios en sus propias obras, cumplia al génio del hombre su libre reproduccion por medio del Arte,—reflejándose este principio, verdaderamente regenerador y fecundo, en las regiones, donde arrastraba la crítica las cadenas del frio y estéril dogmatismo, calificado tan discretamente por vuestro elegido, bastó por su propia virtualidad á romperlas, ofreciendo más amplias y firmes bases á las leyes, un tanto secundarias, del *Gusto*. Desde aquel solemne momento, tal vez no bien quilatado todavía en su concepto histórico, eran condenados virtual y terminantemente, así los pretendidos dogmas literarios, que en brazos del ciego exclusivismo tenian esclavizada á la poesía, primogénita de las

Bellas Artes, como las reglas artísticas, que sometían á la grosera formalidad de un patron dado, las concepciones de la Arquitectura, síntesis, no tan sólo de las tres Nobles Artes, como antes indicaba, sino también de todas sus derivadas.

Sustituídos debían ser, declarado ya su descrédito, esos negativos dogmas literarios y esas reglas artísticas, opresoras del génio, por otras leyes y principios que emanáran lógicamente de aquella primera afirmación, cánon supremo de la nueva ciencia. Así, mientras al errado concepto de que era la imitación artística la copia ajustada ó servil de la naturaleza, reemplazaba victoriosa la fecundante doctrina de que debía ser, y era aquella en efecto, la más alta conformidad con las leyes fundamentales de todo lo creado, dejando al génio del poeta, del pintor, del estatuario, ó del arquitecto la libre facultad de llegar, por el camino de la abstracción, á la contemplación y realización de la verdadera belleza artística,—volvíanse todas las miradas á la historia de la humanidad entera, para discernir y ponderar cómo, con qué medida y bajo qué relaciones sociales, políticas y religiosas se había observado en los monumentos de las artes esa ley superior, cuyo simple cumplimiento, constituyendo su legitimidad temerariamente negada por los exclusi-

vistas, era el más claro y valioso título del respeto y de la estimación de la crítica.

No de otra suerte, á lo que me es dado alcanzar, nacen, se desarrollan y generalizan, en las regiones de la teoría abstracta y de la crítica literaria y artística, «las doctrinas á que obedecen hoy los estudios arquitectónicos,» así en el suelo español, como en todas las naciones civilizadas de uno y otro mundo. A su influjo surge en nuestros días, y domina ya en las más nobles inteligencias, la idea primordial del Arte *uno* en su esencia y *vario* en sus manifestaciones, como lo son la naturaleza, á cuyo calor se engendra y vive, y la humanidad que lo cultiva. A su influjo, *una* y *varia* también, se abre á la contemplación del filósofo y del artista la historia del Arte, abarcando, en grandioso cuanto sorprendente conjunto, según ha mostrado con plausible perspicuidad el nuevo Académico, la historia de todas las artes, de todos los estilos, de todos los monumentos. Por ellas, en fin, se hace patente, y á todas luces manifiesto qué, siendo el Arte fruto inherente y espontáneo de la humana naturaleza, cual lo es el sentimiento de lo bello, de lo bueno y de lo verdadero, si puede alguna vez precipitarse, con una civilización dada, en dolorosa decadencia, llamado está á renacer siempre, cual afortunado fénix, de sus

propias cenizas, *uno* é invariable en su esencia, como lo es el hombre, como lo es la naturaleza, como lo es el Sér Supremo, en cuyas manos existen el primero y el último eslabon de todo lo creado.

Esto, en cuanto concierne á la primera cuestion propuesta por vuestro elegido: respecto de la segunda bien se notará, Señores Académicos, que al admitir las indicadas doctrinas, no me es dado abrigar el temor que presupone el generoso anhelo, con que ha protestado aquí contra la insigne paradoja del *Esto matará aquello*, fórmula en su sentir de las deletéreas creencias de la escuela romántica, respecto de la Arquitectura. La antítesis del *libro* y del *monumento*, tal como la forjó el autor de *Nótre Dame de Paris* y acaba de recordároslo el nuevo Académico, es verdaderamente insostenible. Fuera de que no pasa de ser una afirmacion simplemente humorística, por lo cual habria notable injusticia en cargar su responsabilidad sobre ninguna escuela literaria, cualesquiera que sean su significacion y el momento histórico en que esta aparezca, revela que hubo su autor de perder de vista, al establecerla, lo que es y representa el *libro* en la historia de la idea humana.

Es en efecto el *libro*, ora manuscrito, ora impreso, bajo esta principal relacion, la *ciencia* ó el *arte*: si lo

primero, no puede en modo alguno ser contrario á la naturaleza, cuyos misterios y leyes generales intenta esclarecer, ya tome por norte la pura especulacion filosófica, ya aplique á las múltiples necesidades de la vida los cánones y principios, en aquella órbita superior elaborados: si lo segundo, esto es, si el *libro* nace y toma cuerpo en las esferas del sentimiento, de la imaginacion y de la fantasía, debe fundarse necesariamente en las leyes de toda creacion artística, hermanándose en la sustancia, y haciéndose uno en los fines, con todos los *monumentos* de las Nobles Artes.

Y que estas son, antes y despues de la invencion de la imprenta, las superiores condiciones del *libro*, nuncio unas veces de la idea, llamada á trasformar la humana cultura, y precursor por tanto del *monumento* que la consagra y trasmite á las futuras edades; frio compilador otras, ó ya ensalzador apasionado de los maravillosos triunfos alcanzados á nombre y por virtud de esa misma idea,—no puede racionalmente desconocerse. Recordad si no lo que valen y representan en el suelo del Ática los *libros* de Homero y de Platon, de Píndaro y de Aristóteles, comparados con los *monumentos* de la Arquitectura y de la Estatuaria, cuyas creaciones, interpretando de lleno la cultura helénica que aquellos entrañan, son todavía encanto de los

doctos: traed á la memoria, al fijar con igual intento vuestras discretas miradas en la multiforme Roma del gentilismo, los *libros* de Livio y de Lucrecio, de Horacio y de Marco Tulio, de Virgilio y de Séneca, de Ovidio y de Tácito, reflejos inmortales de aquella grandeza y de aquella terrible inquietud, que pregonaron en todas las regiones de la tierra sus admirables monumentos: contemplad al través de las nieblas de los tiempos medios, los prodigiosos esfuerzos que realiza la inteligencia humana, para reponerse de la gran caída en que la precipitaron los bárbaros del siglo V; y cuando descubrais la noble y simpática figura del Dante, recogiendo en el portentoso libro de la *Divina Commedia* la síntesis de la ciencia y del Arte antiguo, y fecundando bajo la forma poética y ensanchando las esferas del Arte cristiano, volved los ojos á los *monumentos* de la Arquitectura que bajo las alas de la idea religiosa poblaban á la sazón el Occidente, y no os será posible dudar de la unidad que ambas manifestaciones encierran: reparad, Señores, por último en los caracteres que en larga y no fácil elaboración va sucesivamente presentando la obra del *Renacimiento*, operada al par en las esferas de la filosofía y de las ciencias, de las letras y de las artes, y vereis concurrir á su más completo logro, no ya sólo el *libro* y el *monumento*

coetáneo, como expresion viva de la actualidad que uno y otro representan, sino el *libro* y el *monumento* de la antigüedad, como guía luminoso el uno y término seguro el otro de aquella inmensa evolucion, cuyos efectos, aun en lo que tuvo de negativo y erróneo, alcanzan todavía á nuestro siglo.

No: la antitesis del *libro* y del *monumento*, que equivaldría á establecer el antagonismo más intempestivo y caprichoso entre la idea y el hecho, no puede existir dentro de la órbita filosófica sino como una aberracion transitoria, ni ha alcanzado, ni alcanzará tampoco legitima y duradera realizacion histórica. Al nuevo compañero hemos debido hoy eficacísimas observaciones que lo demuestran, no siendo por cierto la ménos luminosa la simple enumeracion de los magníficos monumentos, gloria del Arte en Italia y en España, levantados desde la invencion de la imprenta hasta la edad presente. La inmensa copia de fábricas arquitectónicas, que subliman é inmortalizan en toda Europa el génio de las artes modernas, alterna, efectivamente, en maravilloso concierto, con el no ménos glorioso catálogo de las celebradas producciones debidas al génio de las letras; y los nombres de Bramante y Miguel Angel, Strozzi y Sansovino, Toledo y Herrera, Berruguete y Siloée, con los de cien otros gran-

des cultivadores del Arte arquitectónica, se enlazan felizmente, en no destructible maridaje, con los muy esclarecidos de Ariosto y Tasso, Policiano y Médicis, Racine y Moliere, Klopstock y Goëtte, Milton y Pope, Ercilla y Lope de Vega, Calderon y Cervantes.

He abusado tal vez, Señores Académicos, de vuestra proverbial indulgencia. Obediente á vuestro mandato y agradecido al par á la honra que me dispensasteis, al elegirme para llevar en esta solemnidad la voz de la Academia, ni me era lícito, para corresponder en alguna manera á vuestra distincion, mostrarme del todo ajeno á las cuestiones iniciadas y cuerdamente debatidas por vuestro elegido, ni podia tampoco responderle con el silencio, cuando su exquisita discrecion me dejaba trazado el camino que debia seguir en la respuesta.

No á otra cosa he aspirado en verdad. Pudiera, tomando ocasion de sus fecundas observaciones críticas, haber ampliado el cuadro histórico por él desplegado á vuestra vista, para comprobar la primera parte de su notable discurso: hubiérame sido fácil añadir algunas pinceladas al no ménos interesante bosquejo del Arte moderno, traído á su postrera parte, para rechazar y desvanecer la paradoja del *Esto matará aquello*, más aplaudida que analizada por los sectarios del pseudo-romanticismo: habria podido por último, y esto

no sin alguna oportunidad respecto de la práctica actual de la Arquitectura, detenerme á reconocer los peligros que en su cultivo entraña la exageracion de un *historismo* irreflexivo y no moderado sóbria y discretamente por las seguras cuanto luminosas enseñanzas de la *Esthética*. Porque si es verdad que la crítica de nuestros dias ha emancipado al arquitecto de la tutela y servidumbre de las *cartillas*, que esterilizaban su inventiva y maleaban su gusto; si lo es tambien que le ha hecho dueño del inmenso tesoro allegado por los siglos, concediéndole la libertad de aplicarlo á sus producciones, ni le ha facultado para dilapidarlo indiscreto,—ni le autoriza para hacer de él bastardas y promiscuas exhibiciones, faltas de toda razon de ser y desprovistas de toda unidad y armonía, lo cual las constituye por desgracia en lamentables y monstruosos delirios.

Materia es esta en verdad muy digna de llamar vuestra docta atencion, y aun de ser tratada detenidamente desde este sitio, para poner algun freno á la lesapoderada licencia, que ha empezado á dominar el campo arquitectónico, con abuso, menosprecio y descrédito de las buenas doctrinas. Pero ya lo habeis oido: no pudiendo abarcar en breves reflexiones todos los puntos que el nuevo compañero ha tocado en su

excelente discurso, héme contentado con ceñirme á aquellos, que me han parecido de mayor bulto y trascendencia, y que podian, en mi sentir, pareceros ménos enojosos.

No me lisonjea por cierto, Señores Académicos, la ambiciosa pretension de haber acertado en todo, «aunque á decir verdad, como hombre honrado,» no he pretendido otra cosa. Contento quedaré, si ya que no me haya sido posible ser cabal y verdadero representante de vuestra experimentada ciencia, he logrado al ménos interpretar vuestros generosos sentimientos, al acoger los sinceros votos de vuestro elegido, con la más cordial y cumplida enhorabuena. Recíbala pues, de nuevo, con la misma lealtad y llaneza con que desde este asiento se la envío. Yo abrigo, Señores, el firme convencimiento de que, si al hacer vosotros un acto de justicia, llamándole á este recinto, le dísteis una prueba más de la predileccion, con que siempre le habeis distinguido,—él viene dispuesto á pagar con grande usura tan sagrada deuda, en beneficio de las Nobles Artes, cuyo cultivo, en todas sus esferas, forma el instituto de esta Academia, y en servicio del Estado, de que es la misma bajo aquel concepto, por las leyes vigentes, cuerpo consultivo.

HE DICHO.